

## § III.—El primer cónsul y la Europa.

Acusamos al primer cónsul de haber inaugurado la política invasora del emperador. Él mismo va á justificar nuestra acusacion. Apénas el general Bonaparte llega á ser cónsul escribe al czar de Rusia: "Por consideraciones políticas tanto como por consideraciones de estimacion hácia vuestra majestad, deseo ver pronta é irrevocablemente unidas las dos naciones más poderosas del mundo. He intentado en vano, durante doce meses, dar el reposo y la tranquilidad á la Europa: no he podido lograrlo... Veinticuatro horas despues que vuestra majestad imperial haya depositado en alguno su confianza, dándole plenos poderes, el continente y los mares estarán tranquilos, pues cuando la Inglaterra, el emperador de Alemania y todas las demas potencias se convenzan de que nuestras dos naciones tienden hácia el mismo objeto, las armas se les caerán de las manos, y la generacion actual bendecirá á V. M. imperial por haberla arrancado á los horrores de la guerra y á los desgarramientos de las facciones. Si V. M. participa de estos sentimientos, *creo que sería conveniente y digno que simultáneamente quedasen arreglados los límites de los diferentes Estados, y que la Europa conociese, en el mismo día que la paz quedase firmada entre la Francia y la Rusia, los compromisos recíprocos que habían contraído para pacificar todos los Estados.* Esta conducta, franca y leal, podrá disgustar á algunos gabinetes, pero obtendrá el sufragio de todos los pueblos y los de la posteridad," (1).

Este es el lenguaje del primer cónsul. ¿No es esto el preludio de las conferencias de Tilsit y de Erfurt? Bonaparte quiere pacificar la Europa de comun acuerdo con el emperador de Rusia. Hé aquí ciertamente una obra á la cual los pueblos habrían aplaudido lo mismo que la posteridad. Pero á condicion de que la paz hubiera sido el resultado de un consentimiento libre. Una paz impuesta deja de ser un beneficio, es una esclavitud; así lo comprende el primer cónsul. La Inglaterra no quiere la paz, dice al czar, el Austria no la desea tampoco; pero si nosotros dos la quereamos, les obligaremos á aceptarla. ¿No es esto la dominacion universal entre dos? ¿Por qué luchaban

(1) Carta del 20 frimario, año IX (*Correspondance de Napoléon*, t. vi, p. 679).

contra Francia el Austria y la Inglaterra? ¿Por qué rehusaban la paz ofrecida por Bonaparte? Porque temian la monarquía ó la república universal. ¿Pues bien! en lugar del despotismo de uno solo hubieran tenido que doblegarse bajo la voluntad de dos colosos, uno que se llamaba el czar y otro que iba á llamarse emperador.

No se trataba solamente de imponer la paz á la Inglaterra y al continente. El primer cónsul añade que conviene *arreglar los límites* de los diferentes Estados. ¿Quién los arreglará? ¿Se reunirá un congreso, ó las partes interesadas harán valer sus derechos y sus pretensiones? No. El czar y el primer cónsul decidirán; y cuando estén de acuerdo, harán saber á la Europa que la paz está hecha y los límites de los distintos Estados están fijados. Bonaparte espera que los pueblos se restregarán las manos. Pero los pueblos, ¿no están más interesados que sus soberanos en los límites que se quieren dar á esos territorios? La Revolucion había reclamado los límites naturales para la Francia. Si la Francia tiene estos límites naturales, ¿no han de querer lo mismo los demas pueblos? Sin embargo, el primer cónsul entendía arreglar estos límites sin ellos, y en caso de necesidad contra ellos. Estos son los procedimientos de un autócrata y no los procedimientos del jefe electivo de una república. Es ya el emperador el que habla por la boca del primer cónsul. En vano buscamos al sabio tan admirado por los historiadores franceses; no hallamos más que al ambicioso conquistador.

La tentativa de alianza entre Napoleon y el czar era prematura. Bonaparte quedó aislado. En su aislamiento, como en sus proyectos de alianza, nunca se preocupó de los derechos de los pueblos, nunca tuvo otra idea más que la de su propia grandeza. El 23 de Julio de 1801, el primer cónsul escribía á Talleyrand, ministro de relaciones extrangeras: "En vano los Ingleses derramaron su oro por Europa para renovar una coalicion; aun cuando reuniesen todas las potencias, las más opuestas en interes, esto no daría otro resultado más que renovar la historia de la grandeza de Roma," (1). En Roma había dictadores y Césares. Este era el papel con que ya soñaba Bonaparte como primer cónsul. No es bastante decir que lo soñaba: habla y obraba como dueño de la Europa.

(1) *Correspondance de Napoléon*, t. vii, p. 256.

## N.º 1.—La Alemania.

## I.

La Alemania maldijo el régimen napoleónico, como la época de su decadencia. Acusa á la ambicion de la Francia encarnada en Bonaparte; sería más justo que lo achacase á sus miserables príncipes. ¿Y de quién es la culpa, cuando los príncipes trafican con el honor nacional? ¿No es de las naciones, que se doblegan bajo la voluntad arbitraria de algunos hombres? Que tomen su destino entre sus manos, que sepan ser libres é independientes: ellas lo serán. No excusamos á Bonaparte, ni como primer cónsul, ni como emperador; pero hay una cosa cierta, y es que los príncipes se prestaron á la esclavitud, y que una nacion que soportaba tales jefes merecía ser esclavizada. Este lenguaje es duro, pero nosotros no lo empleamos; no hacemos más que repetir lo que dicen los historiadores alemanes.

Hemos dicho que el emperador de Alemania engañó á los príncipes y en cierto modo vendió al imperio en Campo-Formio. Hablaba aún de la integridad de Alemania, cuando había cedido á la república francesa la orilla izquierda del Rhin. Los príncipes despojados, hasta los príncipes italianos, debían ser indemnizados á costa de los Estados eclesiásticos. Cuando se trató de repartir este rico botin, se encendieron las codicias; todo el mundo pretendía haber sido expoliado, para tener el derecho de ser expoliador. ¿Cómo conciliar tantas pretensiones contrarias? La Dieta puso manos á la obra, pero nunca había brillado por la energía de sus decisiones, y entónces, vieja y decrepita, se parecía á una torre de Babel. Se podía temer que las partes interesadas viniesen á las manos, como sucede entre bandidos que se disputan una presa. El primer cónsul y el czar interpusieron su mediacion. Este acto dió principio al servilismo de la Alemania. ¿Hay que imputar esto á la ambicion de Bonaparte? Talleyrand dice en su informe al Senado el 20 de Agosto de 1802: "Fué únicamente por poner el sello á la pacificacion del imperio y por garantizar su estabilidad por lo que el primer cónsul y el emperador de Rusia determinaron á intervenir en los negocios de Alemania, á fin de efectuar por su mediacion lo que en vano se hubiera es-

perado de las deliberaciones interiores del cuerpo germánico." Esta vez la diplomacia empleaba el lenguaje de la verdad. Un historiador aleman lo confiesa: "No tendríamos razon al quejarnos, dice, de que el primer cónsul se haya mezclado en nuestros asuntos, cuando se lo hemos rogado, solicitado hasta la importunidad," (1). La Alemania no podía reconstituirse por sus propios esfuerzos: impotente para salvarse de la anarquía, le fué preciso aceptar su salud de manos del extranjero. ¡Desgraciado el pueblo que, teniendo necesidad de un salvador, le busca en el extranjero, es decir, en casa del enemigo!

Napoleon no tuvo nunca una gran estimacion al pueblo aleman. ¿De quién es la culpa? Sigamos á los príncipes á Paris. El sucesor de Federico el Grande fué quien dió el ejemplo: fué el primero que trató con la república á costa del imperio. Cuando un Hohenzollern hacia traicion á la patria alemana... ¿por qué no habian de hacer lo mismo los pequeños príncipes? La Baviera, amenazada constantemente por la ambicion del Austria, estaba disculpada al dirigirse á Paris más bien que á Viena; los duques de Baden, de Wurtemberg, de Hesse, que trataban de engrandecerse, se prosternaron ante el primer cónsul como ante el sol levante; las pequeñas familias, espantadas de la avidez de las grandes, recurrieron á su proteccion para salvar su existencia y para obtener una parte de los despojos de la Iglesia; las ciudades libres y la nobleza inmediata tenían buenas razones para solicitar el apoyo de Bonaparte, pues una vez los obispados y abadías incorporados, su turno debía llegar tambien. Todos, grandes y pequeños, repúblicas ó soberanos hereditarios, vinieron á Paris á pleitear por su causa, los unos por medio de sus ministros, los otros en persona (2). Un escritor aleman dice que cuando se quiere ver el ideal de la bajeza, hay que ver á los príncipes haciendo antesala. En todos los pequeños soberanos que se daban cita en el palacio del primer cónsul había algo de grande, el ansia de medrar, y su servilismo estaba á la altura de su ambicion. Se abrió en Paris un mercado donde se distribuian grátis en apariencia las riquezas de la Iglesia germánica; dice un historia-

(1) HÄUSSER, *Deutsche Geschichte vom Tode Friedrich's des Grossen bis zur Gründung des deutschen Bundes*, t. II, p. 368.

(2) THIERS, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, lib. xv (t. I, página 512).



dor bien informado: "Las intrigas, los juramentos, las ofertas de sacrificios sin límites, los balances mentirosos, el oro, en fin, oro esparcido con profusión, todo fué puesto en juego para obtener el apoyo de los jefes del gabinete francés," (1).

Lefebvre añade que los príncipes alemanes hicieron por envidia traición a la causa de su patria, por abandonarse a todas las inspiraciones del egoísmo, del miedo y de la avaricia. La palabra no es demasiado fuerte. No se contentaron con recibir sus indemnizaciones de manos del primer cónsul, es decir, de manos del enemigo; ni aún esperaron que la Dieta sancionase el acto de expoliación, para arrojarse sobre los territorios que el jefe de la república francesa les daba a pasto; los ocuparon inmediatamente. ¿No tenían el consentimiento de Bonaparte? Esto bastaba a su patriotismo. Esta vez fué también la Prusia quien dió el ejemplo; Wurtemberg y Baviera enviaron a su vez tropas a los principados eclesiásticos que les habían sido asignados. ¡Qué nobles conquistas! Los vencidos eran viejos prelados que no tenían ni la voluntad ni los medios de defenderse. El que debería haberlos protegido, el emperador, les había abandonado anticipadamente, porque prefería la grandeza del Austria a la patria alemana (2).

Los historiadores vituperan la envidia, el servilismo de los príncipes alemanes: "Haría casi perder el derecho a lo que uno tiene, dice madama Staël; de tal modo pasan por alto la autoridad de la justicia," (3). Nada de más cierto. Cuando los príncipes despojaban tan a sangre fría los Estados eclesiásticos, tanto ciega el interés, que no veían que si Bonaparte les distribuía los despojos de la Iglesia, podría también, el día que mejor quisiera, despojarlos a ellos mismos. Pero dejemos aquí el derecho; cuando hay príncipes en juego, no se puede pronunciar esta palabra sagrada sin profanarla. Estos nobles personajes, al volverse mendigos, tomaron también las trazas de la mendicidad. El honrado Schlosser dice que la vergüenza le impide el contar las escenas de degradación y envilecimiento que pasaron en París; añade que no tiene el talento de embellecer las cosas feas (4). Nos-

(1) LÉFEBVRE *Histoire des cabinets de l'Europe pendant le consulat et l'empire*, t. I, p. 231.

(2) THIERS, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, lib. XV (t. I, página 52).

(3) STAËL (madame de), *dix Années d'exil*, c. IX.

(4) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII<sup>ten</sup> Jahrhunderts*, t. V, página 47.

otros tampoco tenemos este talento; si le tuviéramos, nos guardaríamos bien de hacer uso de él: diríamos, sin embargo, con toda crudeza, que los nobles príncipes de Alemania no se limitaron a hacer la corte a los ministros y a sus empleados; se les vió acariciando un perrito predilecto de Talleyrand; ¡hé aquí el servilismo canino de los príncipes en buena compañía! Un testigo ocular, el mismo solicitante en París, es quien cuenta el hecho (1).

Cuando los reyes y los príncipes corrían tras la esclavitud, hubiera sido menester una abnegación de santo para no aprovechar tan buena fortuna. Bonaparte no era un santo. Viendo a los príncipes de Alemania prosternados ante él, los trató como a lacayos. *El hombre de Estado*, tan benévolo para todos los enemigos de Napoleón, es quien hace notar esto: "El servilismo de los príncipes alemanes decía claramente a Napoleón: *Hablad, y todos estaremos a vuestros pies*. De aquí le vino, sin duda, la idea de la confederación del Rin, que le ayudó a extender su poder por todo el continente," (2).

## II.

El primer cónsul disponía de los principados eclesiásticos sin la Dieta y con el concurso servil de los príncipes: esto equivale a decir que él era el dueño en Alemania más bien que el emperador. Se conducía como amo. No es bastante decir; despreciaba sus esclavos voluntarios, y su desden recaía hasta sobre la nación. Había todavía ciudades libres. Vamos a ver lo que llegó a ser la libertad alemana bajo el protectorado de Bonaparte. Gracias al régimen bienhechor de un héroe y de un sabio, como dicen los admiradores del consulado, no había ni una sombra de libertad para la prensa; y cuando se comprime la manifestación regular, legítima de las ideas, hay que esperar ataques violentos, injustos. Esto es lo que sucedió al primer cónsul. Aparecían en Hamburgo pasquines, hojas políticas en las que exhalaban su odio los Franceses descontentos, y los Alemanes que no tenían motivos para estar muy satisfechos. Bonaparte lo sabe y escribe a Talleyrand, ministro de relacio-

(1) VON GAGERN, *Mein Antheil an der Politik*, t. I, p. 110.

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, página 430.

nes extranjeras, el billete siguiente: "Os ruego, ciudadano ministro, hagais conocer a los magistrados de Hamburgo que estoy extremadamente descontento de la protección que prestan a todos los libelos que se imprimen contra la Francia, y, sobre todo, de la impresión de un diario llamado *El Censor*; que exijo, no solamente que este diario desaparezca, sino que la policía conozca sus autores e impresores y los arreste inmediatamente; si dentro de quince días, dichos autores no han sido depositados en las prisiones de Hamburgo, a mi disposición, trataré al Senado de Hamburgo como enemigo," (1).

Esta carta data del primer año del régimen consular. ¡Admiremos la *sabiduría* y *moderación* del joven héroe! ¡Admiremos el respeto que tenía a la independencia de los Estados extranjeros, admiremos su tierna solicitud por la libertad! Los periodistas y libelistas mismos usan de un derecho; si abusan de él, la justicia debe castigarlos. ¿Es esto lo que reclama el primer cónsul del Senado de Hamburgo? Quiere, exige que *El Censor* sea suprimido. ¡Suprimido como medida de policía, como se hacía en la feliz Francia bajo el régimen de un héroe y de un sabio! No es esto todo. El primer cónsul exige aún que los autores sean puestos en prisión en la quincena. ¿Es esto para ser traducido ante los tribunales? De ningún modo, es para ser puestos a la disposición de Bonaparte. ¡Este era el lenguaje que el jefe de la república francesa empleaba con los magistrados de una república amiga!

Este abuso de la fuerza no es un hecho aislado, es el primer estallido de una naturaleza de déspota. Una casa de comercio de Hamburgo debía cuatro millones a la república francesa. Al menos Bonaparte así lo decía; y aún que estos cuatro millones habían sido robados con una impudencia infame. El primer cónsul, ¿se dirigía a los tribunales de Hamburgo para pedir justicia contra los ladrones? Envía a Talleyrand el modelo de la carta que el ministro debe dirigir a los magistrados de la ciudad alemana: "La casa Chapeau-Rouge ha robado a la república francesa cuatro millones. El primer cónsul no considera este negocio susceptible de ser decidido por los procedimientos lentos, ordinarios

(1) Carta del 17 mesidor, año VIII (*Correspondance de Napoléon*, t. VI, p. 500).

de la justicia. Es un falso material. Espera que los magistrados de Hamburgo harán ejecutar justicia prontamente; quiere dos millones en el corriente de germinal, y obligaciones por los otros dos millones para el corriente de fructidor." Bonaparte añade a su despacho una instrucción para el correo que la llevará; deberá remitirlo directamente a los magistrados de Hamburgo, a cualquier hora de la noche que llegue, y declarará que tiene la orden de quedarse setenta y dos horas (1).

Se ve que el primer cónsul poseía el sentimiento de la justicia en tan alto grado como el de la libertad, sin contar con su respeto por la independencia de una ciudad libre. Se trata de una deuda civil. ¿Por qué el primer cónsul no se dirige a los tribunales? Porque el falso es material. Si el robo era realmente manifiesto, la justicia habría pronunciado su fallo tanto más deprisa. Pero Bonaparte comprende que el Senado de Hamburgo rinde justicia sin recurrir a los tribunales. ¡Una justicia fuera de los tribunales! ¡Qué profanación de esta palabra sagrada! ¡Y qué procedimientos para procurarse los cuatro millones! El primer cónsul los quiere; esto basta. Se significará su voluntad a los senadores de Hamburgo a las doce de la noche, si hay necesidad. Y dentro de tres veces veinticuatro horas, le es preciso una respuesta. ¡Si no!...

## N.º 2.—Las repúblicas aliadas.

### I.

Dejamos la Alemania. Si fué tratada como país conquistado, por su culpa fué y por sus príncipes: cuando una gran nación sufre vejaciones como las que acabamos de contar, hay que decir que las merece. Pero había repúblicas fundadas por la Francia republicana; una de ellas debía su existencia al general Bonaparte. ¿Cuál fué la condición de los amigos y aliados de la república francesa? Bajo el Directorio, un diario iniciado en la política revolucionaria de los directores comparaba a los aliados de la Francia con los aliados de Roma (2). La comparación es característica. Se sabe que la amistad del pueblo romano era un primer paso hacia la esclavitud. Bajo el régimen consular hay que decir

(1) Carta del 19 ventoso, año IX (*Correspondance de Napoléon*, t. VII, p. 9).

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*.



más: las repúblicas aliadas estaban de hecho bajo la dependencia absoluta de la Francia.

La Convención nacional, al llevar sus armas victoriosas á las Provincias-Unidas, llamó á los Holandeses á la libertad. Hemos dicho que la independencia de la república báltava fué nominal. Cada vez que Francia cambiaba de constitucion, la Holanda modificaba tambien la suya, como para demostrar que no era sino un departamento de la gran nacion. Al advenimiento de Bonaparte, su régimen llegó á ser casi monárquico. Nada más legítimo si tal hubiera sido la verdadera voluntad de la nacion. Pero no había nada de esto. La nueva constitucion fué fabricada en París é impuesta á los Báltavos por el primer cónsul. En vano resistió el Cuerpo legislativo; se ejerció la violencia en las cámaras holandesas. Era un golpe de Estado en miniatura, despues del gran golpe de Estado del 18 brumario. En Francia, al ménos, la nacion fué cómplice. Miétras que la república báltava, proclamada independiente por la Francia, debió plegar su voluntad á la de la Francia, ó, por mejor decir, á la del primer cónsul (1).

Si la violencia es odiosa, la justificacion de la violencia lo es aún más. Segun la opinion de un historiador frances, los Holandeses no tenían razon; dice Armand Lefebvre: "La oposicion que hicieron al primer cónsul hace más honor á su orgullo que á su inteligencia. Se equivocaban de época. Tenían la vanidad de creerse aún en aquellos tiempos en que les estaba permitido disponer de sus destinos, no viendo que la Europa está así organizada en nuestros días, y que en tiempo de guerra no hay más Estados que guarden su neutralidad que los que tienen la suficiente fuerza para hacerla respetar." Este es un lenguaje que tiene al ménos el mérito de la franqueza. ¡Los pueblos vecinos á la gran nacion están, por lo tanto, bien advertidos! Si quieren ser libres, que traten de ser bastante fuertes para deferder su libertad. ¡Que se guarden, sobre todo, de contar sobre las promesas de independencia que les hubieran hecho; si las toman por lo serio, se les acusará de simpleza; simples de espíritu que no saben lo que son palabras! ¡Que aprendan que la fuerza es la única que reina en el mundo!

(1) LEFEBVRE. *Histoire des cabinets de l'Europe pendant le consulat et l'empire*, t. I, p. 174.

¿Por qué el primer cónsul violentó las cámaras báltavas para imponerles una constitucion que ellos no querían? Armand Lefebvre responde: "Al dejar de verse entregado á las fluctuaciones de los cuerpos deliberantes, el gobierno báltavo llegó á ser, en manos del primer cónsul, un instrumento más flexible, y nuestra fuerza exterior se acrecentó." Por lo tanto, hacían falta al primer cónsul instrumentos flexibles para sus designios. Si hubiera deseado sinceramente la paz, ¿por qué tenía necesidad de instrumentos? Y si la guerra era inevitable, ¿por qué no permitir á los Báltavos el permanecer neutros? Era para ellos algo más que un interés del momento, era una cuestion de existencia: aliados de la Francia, era indudable que serían despojados de sus colonias; y ¿qué llegaría á ser la Holanda sin sus colonias? Cuando la guerra estalló en 1803, la Inglaterra se mostró dispuesta á reconocer la neutralidad de la república báltava, pero el primer cónsul rehusó enérgicamente. Los Holandeses fueron, por buenas ó por malas, aliados de la gran nacion; les fué preciso proveer un cuerpo de tropas auxiliares, despues tomar á su costa tropas francesas, ademas equipar buques de guerra, fragatas, chalupas cañoneras, barcos chatos. Y ¿qué obtuvieron en compensacion de todas estas cargas? El primer cónsul garantizó la integridad de su territorio continental y la restitucion de las colonias que pudieran serles arrebatadas por los Ingleses. En caso de éxito notable, la Francia prometía buenos oficios á la Holanda para hacerle devolver la isla de Ceylan, de que había sido despojada, gracias á la alianza francesa (1).

Era la amistad del león. La guerra arruinó la república báltava. Schimmelpenninck, embajador de la república en París, propuso deshacer el tratado de alianza, aún cuando era un partidario decidido de Bonaparte. Tomamos de la memoria que remitió al primer cónsul algunos hechos que nos demostrarán lo que fué la Holanda desde su alianza á la Francia: "Empobrecida por pérdidas enormes, sobrecargada de una deuda espantosa, aplastada bajo el peso de los más intolerables impuestos, agotada por levas extraordinarias, experimenta los tormentos de una espantosa agonía, y no tiene ante sus ojos más que la espantosa imágen de su próxima disolucion." El patriota holandés creyó

(1) SCHOELL. *Histoire des traités de paix*, t. IX, p. 354-357.

que haciendo un llamamiento al héroe frances, salvaría su patria de la ruina que le amenazaba: "En nombre de vuestra gloria, ciudadano primer cónsul, en nombre del honor y de la sensibilidad del pueblo frances, os conjuramos para que adoptéis otro sistema político con respecto á la Holanda. El deseo de daros un testimonio brillante de nuestro celo, la esperanza de una paz profunda nos determinaron mucho más que la conviccion de nuestros medios á ratificar la convencion del 25 de Junio último. Presentimos desde entónces que este acto, más bien elegido que negociado, llegaría á ser para nosotros de una ejecucion imposible, si la guerra se prolongaba; pero al probaros nuestro sacrificio contábamos con vuestra generosidad. Este es el sentimiento que invocamos, instándoos de todas nuestras véras para que renunciéis á compromisos que nos es físicamente imposible cumplir." (1).

¡Vanias palabras! ¡Tal era la debilidad del gobierno holandés instalado por el primer cónsul, que no osó autorizar á su embajador para firmar esta memoria! Schimmelpenninck la terminaba con estas palabras que recomendamos á la meditacion de los pueblos que estuviesen tentados de buscar un salvador en el extranjero. En 1795, los patriotas holandeses acogieron á los Franceses con los brazos abiertos; creían recibir de ellos la libertad y la independencia. Hé aquí lo que escribía en 1803 uno de estos patriotas, y repetimos que Schimmelpenninck era en cuerpo y alma del primer cónsul y de la Francia: "*Las levas extraordinarias de dinero que desde 1795 se han hecho en Batavia han dado á este país la fisonomía de un país esclavizado y entregado á los horrores de un saqueo organizado más bien que la de una nacion libre é independiente, protegida y garantizada por un aliado formidable y magnánimo.*" ¡Que la leccion sirva á los pueblos! ¡Que aprendan á salvarse por sí mismos! La libertad y la independencia son bienes que no hay que esperar nunca de manos extranjeras, hay que conquistarlos por medio del sacrificio.

## II.

En el mes de Diciembre de 1801, el primer cónsul convocó en Lyon una asamblea extraordina-

(1) SCHOELL. *Histoire des traités de paix*, tomo IX, páginas 388, 398, 403, 404.

ria ó *consulta*, compuesta de todos los personajes eminentes por la riqueza, el nacimiento ó el talento que había en la república cisalpina, y sometió á su aceptacion una nueva constitucion, calcada sobre la del año VIII. Las palabras únicamente estaban cambiadas. En lugar de cónsules, instituía un presidente y un vicepresidente, elegidos cada uno por diez años. La cuestion capital era la eleccion del presidente. La asamblea confirió la presidencia al primer cónsul, quien aceptó. El presidente dirigió á los diputados italianos estas hermosas palabras: "Conservaré, miétras que las circunstancias lo exijan, fija mi atencion en vuestros negocios. No teneis más que leyes particulares y os hacen falta leyes generales. Vuestro pueblo no tiene más que costumbres locales; es preciso que tome costumbres nacionales. No teneis ejército; las potencias que podrían ser vuestros enemigos tienen fuertes ejércitos; pero teneis con qué formarlos: una poblacion numerosa, campos fértiles, y el ejemplo que ha dado en todas las circunstancias difíciles el primer pueblo de Europa." (1).

Este es el discurso nacional. Á primera vista se creería que Bonaparte se preocupaba, más que los Italianos mismos, de la libertad é independencia de Italia. Pero la historia que se atiene á las exterioridades es una historia engañadora. Oigamos á un Italiano que restablecerá la realidad de las cosas. ¿Por qué el primer cónsul envió á Lyon los representantes de la república cisalpina? ¿Se procede así con respecto á un Estado independiente? La nueva constitucion era, como la de la república báltava, obra de Bonaparte. Lo que él deseaba, sobre todo, era la presidencia. Contaba que teniendo bajo la mano á los diputados italianos, haría con ellos lo que quisiera. Pero los Italianos tomaban por lo serio su independencia. No es que fuesen hostiles al primer cónsul; hubiera sido una ingratitud, porque le debían su emancipacion. "Admiraban su genio, dice Bonacossi; celebraban su gloria, la moderacion, la sabiduría, todas las bellas cualidades que había desplegado ante ellos. Pero este hombre que ellos honraban, que acariciaban con tantos títulos, era el primer magistrado de un pueblo extranjero. Conferir la presidencia á Bonaparte era á sus ojos reconocer el dominio eminente de la Francia, y por nada del mundo hubieran proclama-

(1) LEFEBVRE. *Histoire des cabinets de l'Europe pendant le consulat et l'empire*, t. I, p. 176.